ra restablecer el órden, y solo por esta circunstancia, se perdió una oportunidad mas para combatir al gobierno.

Regola y un gran número de los Trescientos, que comprendieron no podrian hacer nada por el pronto para libertar á Roma, se alistaron en el ejército Pontificio, en cumplimiento de las órdenes recibidas, y ellos fueron los que indujeron á los romanos á solicitar que se les dejase formar parte del ala derecha. La discusion suscitada con este motivo, dió lugar á un motin, y habiéndose enviado al general D.... con una compañía de tropas estranjeras para restablecer el órden, empeñóse un sangriento combate en la que llevaron la mejor parte los romanos.

El principal promovedor de aquel trastorno era nuestro antiguo amigo Dentato, el sargento de dragones, que puesto en libertad despues de haber sufrido toda clase de padecimientos, habia jurado vengarse de sus perseguidores á la primera ocasion, lo cual hizo segun ya hemos visto.

A la cabeza de sus soldados, pues se le habia devuelto su grado, se lanzó en lo mas recio del combate, é hizo una matanza entre las tropas estranjeras, pero como suponia cuál iba á ser su suerte si se dejaba cojer por las autoridades, abandonó á Roma con la mayor parte de sus hombres, y fué á refugiarse en el bosque juntamente con otros proscriptos, donde le recibieron los liberales cordialmente, teniendo la satisfaccion de averiguar por conducto seguro todo cuanto acababa de suceder en la ciudad.

CAPITULO XXXVII.

El matrimonio.

Uno de los mas estrechos y sagrados lazos en la familia humana es seguramente el matrimonio, porque une á dos séres de distinto sexo para toda la vida, y los hace felices cuando saben respetarse mútuamente y cumplir sus deberes. Al contraer el solemne enlace, han de proponerse los esposos labrar mútuamente su dicha, y semejante union debe basarse en un amor verdadero, en ese amor puro que los antiguos distinguian de la pasion sensual, porque el primero nace en el alma y no pueden influir en él las mundanas pasiones. La vida del hombre casado es mas tranquila y feliz que la del soltero; el desinteresado cariño de la familia basta para mitigar sus penas y suavizar su carácter, es mas considerado, y si observa una conducta ejemplar, se hace digno del aprecio de todos. Sucede por desgracia que en los matrimonios, y sobre todo en los que se contraen en la actualidad, predomina con harta frecuencia la mala fé, pero cuando rompen los lazos que debian

unirlos indisolublemente, así el hombre como la mujer, sino están endurecidos en el vicio, sienten al fin tal remordimiento, que harian cualquier sacrificio por recobrar su perdida felicidad.

La intervencion de los sacerdotes al contraer el sagrado enlace, solo sirve para profanar el puro amor que se profesan dos séres, sembrando entre ellos la discordia, y es seguro que la mayor parte de los matrimonios que se dejan dominar por la influencia que ejercen esos hombres tonsurados, no serán nunca felices ni podrán vivir tranquilamente.

Ya hemos dicho que en la ciudad de Roma es donde mas abundan los espósitos, y esto se debe á la perniciosa influencia de los prelados, que trafican con los casamientos en beneficio propio de una manera indigna.

Espero que mis lectores me dispensen si dejándome llevar de mi franqueza hablo aquí de estos hechos lamentables, pero cuando recuerdo la degradacion y la miseria á que se vé reducido un desgraciado país por el despotismo y corrupcion del gobierno clerical, no siempre puedo contenerme. Vosotros, los que no conoceis á Roma ni teneis que llorar las desgracias de vuestra patria, debeis ser compasivos y mostraros indulgentes con el que escribe estas líneas.

El matrimonio es un lazo sagrado; por él se impone un hombre el deber de amar y proteger á su esposa y á los hijos que de ella tenga, y á este acto se debe principalmente el progreso de la civilizacion y de la humanidad. Ahora bien, como los prelados no son sino unos intrigantes é impostores, no puede considerarseles dignos de celebrar ese acto importante de la vida, y por lo tanto, las autoridades encargadas de velar por los ciudadanos, son las que deben presidir la ceremonia del matrimonio, con presencia de los parientes mas cercanos de los contrayentes.

Segun ya hemos visto en uno de los capítulos anteriores, la hermosa Clélia habia declarado su amor al noble Attilio, y cuando

éste solicitó el permiso de pedir su mano, dióle la jóven su consentimiento sin ningun reparo.

Aunque Silvia era de carácter irresoluto y hubiera preferido consultar con Manlio antes de acceder á la demanda, como tenia muy buen criterio y no se la ocultaba que semejante union podia labrar la felicidad de ambos jóvenes, consintió al fin en ello sin vacilar.

Silvia detestaba con toda su alma á los curas, y como por otra parte no podia pensarse en buscarlos allí, despues de consultar con Horacio, se convino en que los jóvenes se uniesen civilmente con todas las formalidades necesarias en semejante caso.

La celebracion del matrimonio de Clélia y el jóven artista, se consideró como una verdadera fiesta para todos los habitantes del castillo, y especialmente para Horacio, que hizo las veces de primera autoridad en la ceremonia, la cual fué sencilla á la par que solemne, habiendo asistido como testigos cuantos se hallaban en la fortaleza.

Terminado el acto, Silvia bendijo á los dos jóvenes, pronunciando las palabras *¡ Dio vi benedica !* poseida de una profunda emocion, y despues se firmó el contrato matrimonial, preparado de antemano, por Silvia, los esposos y los testigos.

De este modo se celebró aquel enlace, que no por falta de un sacerdote dejaba de ser menos solemne y legal. En el banquete de boda reinó la mayor alegría, pronunciáronse patrióticos brindis, se cantaron himnos nacionales, y el buen Jacobo, dejándose arrastrar por la corriente, entonó á su vez el himno popular de su país, *Dios salve á la Reina*, que acabó de entusiasmar á los concurrentes.

CAPITULO XXXVIII.

El Seagull.

Tiempo es ya de decir algunas palabras acerca del paradero de la inglesa Julia y de sus amigos, de quienes no habíamos vuelto á ocuparnos despues de referir cómo se salvaron del naufragio.

Dos dias despues de haber salido el *Seagull* de Porto d' Anzo, penetró en Porto Longone con todas sus velas desplegadas é izado su pabellon, y tan pronto como ancló, nuestros amigos vieron un grupo de personas, que saliendo de un pequeño pueblo llamado Liberi, se embarcaron en un bote para abordar el buque.

Julia recibió á sus nuevos huéspedes, asi á los caballeros como á las señoras, con la mayor cortesía, obsequiándoles con un refresco en su cámara.

Cuando todos estuvieron sentados á la mesa, los recien llegados fijaron su atencion en Manlio, quien segun creian era el dueño del buque, y le dirigieron la palabra en toscano.

—Caballero, dijo el que tenia mas edad, en Liberi hay una costumbre segun la cual, si llega un buque al puerto el mismo dia

de celebrarse un bautizo, se ruega al capitan que sea padrino de la criatura. ¿Tendreis pues inconveniente en honrarnos, siendo el padrino y vuestra hermosa señora la madrina de un niño que debe bautizarse hoy?

Manlio sonrió al oir semejante peticion y no pudo menos de admirar la facilidad con que se podia hacer conocimiento con aquellos isleños, pero repuso en el momento:

—Yo no soy aquí sino un huésped como vos, caballero; esta señora es la dueña del buque, y á ella toca decidir lo que debe hacerse.

Julia, la artista, la anticuaria, la amiga de la libertad italiana, complacida al ver la ingenuidad y franqueza de aquella buena gente, contestó á su vez:

—Por mi parte, accedo gustosa á vuestra proposicion, pero como el capitan del buque debe ser el padrino, segun decís, le mandaré llamar, y si consiente en ello, nos pondremos á vuestra disposicion.

A los pocos momentos presentóse el capitan Thompson, quien no pudo reprimir una sonrisa cuando Julia le esplicó lo que se deseaba de él, pero aceptó gustoso la invitacion, declarando que le honraria mucho ser padrino, siendo la madrina su amable señora, y dicho esto, el capitan dió sus órdenes para desembarcar en Liberi.

Media hora despues hallábanse los viajeros en la casa de los que habian ido á visitar el *Seagull*, y desde allí marcharon á la iglesia, donde el capitan Thompson, sumamente complacido por el honor que le habia hecho la hermosa Julia dándole el brazo, no echó de ver que la ceremonia duraba mucho tiempo. Por fin se terminó ésta, y entonces dirigiéronse todos á casa del segundo padrino quien obsequió á sus huéspedes con un espléndido banquete en el cual corrió con abundancia el escelente vino de Liberi.

El capitan Thompson, sin embargo, que debia acompañar á Julia, bebió muy poco por temor de que se le subiera á la cabeza.

Otra razon habia para que el capitan se abstuviese de cometer ningun esceso, y era este su deseo de complacer á la Signora Aurelia, que aunque no jóven, era muy amable y bien parecida. La amiga de Silvia estaba muy agradecida á las atenciones que la manifestára el capitan durante la tormenta, y correspondió á las muestras de simpatía del galante y honrado marino.

Acabado el banquete, en el que, como era de esperar, reinó la mayor armonía, Julia y sus compañeros pidieron permiso para retirarse, y se despidieron de sus nuevos ámigos deseandoles toda clase de felicidades.

En el camino anunció Manlio que cuando volviese á Roma haria una estátua de mármol que representase á la hermosa Julia como Anfitrites, guiando un Triton; Aurelia y Thompson iban absortos en sus pensamientos, y así llegaron nuestros viageros á bordo del buque, acompañados de los vecinos del pueblo que les obsequiaron con una alegre música.

CAPITULO XXXIX.

El recluso.

En el archipiélago italiano, que bien puede decirse empieza en el sur de Sicilia, y se estiende por el norte hasta Córcega, se encuentra una isla casi desierta donde se elevan inmensas rocas de granito, al pié de las cuales se deslizan cristalinas corrientes; la vegetacion aunque rica, no se desarrolla mucho por que los vientos tempestuosos impiden que los árboles lleguen á su mayor altura, pero en cambio el clima es muy saludable, y las plantas que crecen en las rocas, exhalan una suave fragancia que perfuma el ambiente.

El ganado que pasta en los promontorios de la isla, es poco numeroso pero muy robusto, y lo mismo sucede con los habitantes, que aun cuando no viven en la abundancia, se proporcionan sin embargo lo suficiente con la caza y la pesca, que constituye su único artículo de comercio.

Siendo el número de habitantes muy reducido, no se necesita allí policía ni gobierno, y la ausencia de los curas es uno de los